

ORDENACIÓN DIACONAL DE JOSÉ ANTONIO MORQUECHO
(S.I.C.M. de Badajoz, 27 de junio de 2026)

Queridos esposa, hijo, madre, hermanos y demás familia, de nuestro querido hermano José Antonio; querido Don Amadeo, queridos Sr. Deán, miembros del Cabildo de Badajoz y de Mérida; Vicarios General y de Evangelización, Vicarios episcopales, Delegados Episcopales, miembros de la Comisión que acompañáis el discernimiento y la formación de los diáconos permanentes, y demás concelebrantes, hermanos y hermas en Cristo: ¡El Señor os dé la paz!

Con la ordenación de Juan Antonio Morquecho, abrimos hoy un nuevo capítulo en la historia de nuestra Archidiócesis de Mérida-Badajoz. Es el primero en ser admitido a este ministerio ordenado: una gracia y una responsabilidad, para él y para la Archidiócesis, particularmente para el clero del que formará parte a partir de su ordenación, y para los futuros diáconos permanentes. Querido hermano Juan Antonio: hoy abrirás un camino que otros podrán recorrer en el futuro, que quienes te vean descubran en ti a un verdadero servidor, a un discípulo enamorado de Cristo y entregado a los hermanos.

La ordenación del primer diácono permanente en nuestra Iglesia particular no es simplemente una novedad organizativa, sino un signo de la fidelidad de Dios que sigue enriqueciendo a su Iglesia con diversos ministerios para el servicio del Pueblo de Dios. Diversidad de dones y de carismas, pero todos provienen del mismo Espíritu; diversidad de ministerios, pero un solo cuerpo (cf. *Rm* 12, 5); diversidad de dones pero un mismo Señor y todos con el propósito de construir comunidad, pues, como afirma siempre san Pablo, todo mira al provecho común. (cf. *1Cor* 12, 4-5).

Este ministerio ordenado del Diaconado permanente ha sido restaurado por el Vaticano II, en plena armonía y continuidad con la antigua tradición, como nos muestra Pablo –en la *Carta a los filipenses* (cf. 1, 1) y en la *Primera Carta a Timoteo* (cf. 3, 1-13). En esos textos encontramos los diáconos asociados al obispo, hasta el punto que la *Didascalía de los Apóstoles* (mediados del siglo III en Siria), presenta al diácono como “servidor dl Obispo y de los pobres. Al recuperar el diaconado permanente, el Concilio Vaticano II lo coloca como “como un grado particular y permanente dentro de la jerarquía”, “no en orden al sacerdocio sino en orden al ministerio” (LG 29). Siguiendo las indicaciones del Magisterio yo mismo, con fecha 4 de octubre, fiesta de san Francisco de Asís, también él diácono permanente, “oídas las instancias diocesanas pertinentes”, he instituido en nuestra Archidiócesis “el sagrado ministerio del Diaconado permanente”, uniéndonos, de este modo, a la casi totalidad de las diócesis españolas.

Damos gracias a Dios por esta iniciativa de la Iglesia y felicitamos de corazón a Juan Antonio Morquecho, a su esposa y a su hijo, por este paso que da en el servicio a la Iglesia desde esta vocación de servicio al Pueblo de Dios.

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos lleva al capítulo sexto de los *Hechos de los Apóstoles* (cf. *Hch* 6, 1-7). La primera comunidad cristiana estaba creciendo, y con

el crecimiento numérico surgieron también las dificultades. Los apóstoles comprendieron que no podían descuidar ni el anuncio de la Palabra ni el servicio concreto a los más necesitados. Entonces, iluminados por el Espíritu Santo, instituyeron a siete hombres “llenos de Espíritu Santo y de sabiduría” para el ministerio del servicio.

Es muy significativo que el nacimiento del diaconado no tenga su origen en una crisis de poder dentro de la Iglesia, sino en la necesidad de atender a los pobres. La Iglesia descubre que evangelizar y servir son inseparables. No puede anunciar a Cristo sin inclinarse ante el hermano necesitado. Desde sus orígenes, el diaconado recuerda a toda la Iglesia que el amor concreto –eso significa precisamente diacono en griego: amor servicio concreto- es parte esencial del Evangelio.

Siguiendo esa tradición bíblica, querido Juan Antonio, al recibir hoy la ordenación diaconal, la Iglesia te confía el ministerio del servicio; un servicio que has de realizar en la entrega incondicional de ti mismo, hasta la imitación de Cristo, el testigo fiel por antonomasia (cf. *Ap* 1, 5; 3, 14), bien sabedor que por la ordenación llevas en ti la “forma Christi” para el servicio de la caridad. Precisamente por eso, aunque todos estamos llamados ejercitar este servicio de la caridad, en la Iglesia existe un específico “ministerio ordenado”, es decir un ministerio conferido a hombres, sacramentalmente constituidos, para el servicio de la caridad. Asumiendo ese ministerio, recuerda siempre que la grandeza y el poder en la Iglesia no está en buscar poder y privilegios, sino en servir y ayudar a los demás: como Jesús no ha venido a ser servido, sino a servir, así también tú has de sentirte servidor de todos, particularmente de los que menos cuentan (cf. *Mc* 10, 45). Recuerda, querido Juan Antonio las palabras de Jesús que “el que quiera ser grande entre vosotros, sea su servidor, y el que quiera ser el primero sea el último” (*Mc* 43-44). Recordando esas palabras el Papa Francisco afirmó: “el camino del servicio es el antídoto más eficaz contra la enfermedad de la búsqueda de los primeros puestos. Ponte siempre en la dirección de Jesús que, siendo el Maestro, lavó los pies a los discípulos para que nosotros hagamos lo mismo unos con otros (cf. *Jn* 13, 1ss). Pasa tú, también, como pasó el Maestro, de la mentalidad del prestigio y de la mundanidad, a la del servicio y recuerda que “el único poder en la Iglesia es el servicio” (Papa Francisco).

El Vaticano II, al restablecer el diaconado permanente, recordó que la identidad de los diáconos no está definida por el prestigio, sino por el servicio; no por el poder, sino por la entrega. El Papa Francisco ha insistido repetidamente en esta verdad afirmando que el rasgo esencial de la vocación de un diácono es el servicio, llamado a ser “centinelas que hacen ver a los pobres en la Iglesia y hacen descubrir a la Iglesia el rostro de Cristo en los pobres”. También el Papa León XIV ha recordado en varias ocasiones que toda vocación en la Iglesia encuentra su sentido en la lógica del servicio y que ningún ministerio puede comprenderse al margen de la caridad de Cristo, que se entrega por todos. La autoridad cristiana, afirma el Papa León, siempre se expresa como servicio humilde y generoso.

De hoy en adelante, además de la misión propia de un casado en su familia, tendrás una triple misión: servir la Palabra, servir al altar y servir a los pobres.

Servidor de la Palabra, recordando que “la mayor pobreza es el desconocimiento de Dios” (Papa Francisco), sé puente para que los demás se dejen encontrar por Cristo. Ser servidor de la Palabra significa proclamar el Evangelio con la voz, pero sobre todos con la vida, Que tu vida sea una *hermenéutica del Evangelio* (Benedicto XVI). El mundo necesita de ministros cuya vida sea una página viva del Evangelio, necesita de “evangelios vivientes”. En cuanto diácono no anuncies un mensaje propio, anuncia a Jesucristo y procura que toda tu vida transparente en todo momento a Cristo.

Servir al altar significa estar muy cerca del misterio de la Eucaristía. Tú asistirás al obispo y a los presbíteros en la celebración de los santos misterios, distribuirás el Cuerpo del Señor y llevarás la comunión a los enfermos. Haz de la Eucaristía la fuente de tu ministerio. Recuerda: no hay caridad sin Eucaristía, ni auténtica Eucaristía que no conduzca a la caridad. Haz de tu vida una eucaristía: pan partido y vino derramado para los demás.

Servidor de la caridad a los pobres significa hacer visible el rostro misericordioso de Cristo. Los pobres, los enfermos, los ancianos, quienes viven solo, quienes han perdido la esperanza han de encontrar en ti un hermano cercano. Sé bien consciente que lo que hagas a uno de estos más pequeños, es a Cristo a quien se lo haces (cf. *Mt* 25, 46). La Iglesia y con ella los pobres, esperan de ti, un hombre con corazón disponible, capacidad de compadecerse, de escuchar, de acompañar y de consolar.

Quisiera dirigir una palabrea a nuestra comunidad diocesana. Esta ordenación nos recuerda que todo bautizado está llamado al servicio. Cada uno desde su propia vocación está convocado a construir una Iglesia diaconal, donde nadie quede olvidado, donde la Palabra sea proclamada con valentía, la eucaristía sea el centro de nuestra vida y la caridad sea el lenguaje cotidiano. Por otra parte, es una oportunidad única para orar por las vocaciones y crecer en la “cultura vocacional”.

Querido hermano Juan Antonio, hoy toda la diócesis ora por ti. Que la Santísima Virgen en la advocación del Rosario, de la Piedad y del Perpetuo Socorro, tan querida por ti, acompañe tu ministerio diaconal. Que san Esteban, san Francisco de Asís y todos los santos diáconos intercedan por ti para que anuncies el Evangelio creyendo y viviendo lo que anuncias, y para que sirvas al Señor con un corazón indiviso. Que ese mismo Señor haga fecundo este día para el bien de nuestra Archidiócesis y para gloria de su nombre. *Fiat, fiat, amen, amen.*